

MAESTRO ECKHART SERMÓN NÚMERO XII QUIEN ME ESCUCHA NO SE AVERGONZARÁ

Qui audit me, no confundetur. (Ecclesiástico, 24,21)

La eterna Sabiduría del Padre habla así: "Quien me escucha, no se avergonzará (y si se avergüenza, que se avergüence de avergonzarse). Quien obra en mí no peca. Quien me revela y me muestra a la luz tendrá la vida eterna" Cada una de estas tres frases proveerían suficiente material para un sermón.

Para comenzar, comentaré esta frase de la eterna Sabiduría: "Quien me escucha no se avergonzará". Quien quiera escuchar la eterna Sabiduría del Padre, debe entrar en sí mismo, hacer allí morada y quedarse allí solo.

Hay tres obstáculos que nos impiden comprender la palabra eterna: lo corporal, la multiplicidad, el tiempo. El que traspasara estos tres obstáculos, moraría en la eternidad y en el espíritu, en la soledad y en el desierto, y no escucharía otra cosa sino la Palabra eterna. Ahora bien, Nuestro Señor dice: "nadie oye mi palabra ni mi enseñanza si no se ha renunciado a sí mismo". Quien en efecto quiera oír la Palabra de Dios debe abandonarse a sí mismo por completo. Lo que escucha y lo escuchado son justamente una sola cosa en la Palabra eterna. Todo lo que enseña el Padre eterno es su Esencia, su Naturaleza y su total Deidad. Nos revela todo esto juntamente en su Hijo único, y nos enseña que nosotros somos el Hijo mismo.

El hombre que saliera de sí mismo hasta ser el Hijo único tendría como propio lo que es propio del Hijo único. Todo lo que Dios obra y enseña, lo obra y lo enseña en su Hijo único. Dios obra todas sus obras a fin de que nosotros seamos el Hijo único. Cuando Dios ve que somos su Hijo único, nos desea con tal impetuosidad, se apodera de El tal ardor que obra todo como si su ser divino fuera a quebrarse y aniquilarse en El mismo, para revelarnos todo el abismo de su divinidad y la plenitud de su Esencia y de su Naturaleza; entonces Dios tiene una gran prisa de que todo nos pertenezca en propiedad como a El le pertenece en propiedad. Y entonces Dios se alegra y deleita en la Plenitud. Este hombre se mantiene en el conocimiento y el amor de Dios, y lo que llega a ser no es otra cosa que lo que Dios llega a ser El mismo. Si te amaras realmente a tí mismo, amarías a todos los hombres como a ti mismo. Mientras haya un solo hombre al que ames menos que a tí mismo, es que tu nunca te has amado verdaderamente a ti mismo. Solamente cuando amas a todos los hombres como a tí mismo entonces, en un solo hombre, amas a todos los hombres, y este hombre es Dios y hombre. Esta es la única recta vía por la cual, amándose a si mismo, ama a todos los hombres como a sí mismo.

Pero algunos dicen: Mi amigo que es bueno conmigo me es más querido que ningún otro hombre. Pero yo digo: está mal, es imperfecto, pero hay que tolerarlo. Hay personas que con viento favorable viajan por mar y aún logran cumplir la travesía; ocurre lo mismo con aquellos que, como es natural, aman tal o cual hombre más que ningún otro. Si yo amara a alguien tanto como a mí mismo, yo querría que todo lo que a él le ocurriera, bueno o malo, ya de vida o ya de muerte, lo mismo me ocurriera a mí, y sería entonces la verdadera amistad.

San Pablo dice acerca de esto: "Yo quisiera estar eternamente separado de Dios por mis hermanos y por Dios". Estar un instante separado de Dios, es estarlo eternamente, pero estar separado de Dios, es tormento del infierno. ¿Qué quiere decir san Pablo cuando dice que quisiera estar separado de Dios? La cuestión que plantean los maestros es: ¿Estaba entonces san Pablo todavía en el camino de la perfección o estaba en plena perfección? Yo digo: estaba en posesión de la perfección plena, de otra manera no hubiera podido decir lo que dijo. Quiero explicar ahora esta frase de san Pablo, que querría estar separado de Dios.

El renunciamiento supremo del hombre es renunciar a Dios por amor de Dios. Ahora bien, san Pablo renunció a Dios por amor de Dios: abandonó todo lo que podía recibir de Dios y de todo lo que Dios podía darle. Abandonando estos dones, abandonó a Dios por amor de Dios; y entonces Dios quedó con él, no a la manera de un don o de un provecho, sino en la pura Esencia que Dios es en El mismo. No dio nunca nada a Dios, jamás recibió nada de Dios; solamente hay una única Unidad y un pura Unión. Así el hombre es verdaderamente hombre, y ningún dolor le puede alcanzar, así como tampoco al Ser divino ningún dolor puede alcanzar. En este mismo sentido dije en otro lugar: Hay en el alma una parte que posee de tal manera la naturaleza de Dios que es una con Dios, no que le esté simplemente unida. Es una, nada tiene en común con ninguna cualquier otra cosa, no

es nada para la nada. Todo lo que ha sido creado, eso es la nada. Pero esta parte del alma está completamente alejada de todo lo que ha sido creado, y le es extraña. Si el hombre fuera completamente así, sería a la vez increado e increable; si todo lo corporal y perecedero estuviera incluido así en la Unidad, nada entonces no sería otra cosa que lo que es la Unidad misma. Si me encontrara en esta Esencia, aún no más fuera que por un instante, no me preocuparía de mi mismo más que de un escarabajo.

A todas las cosas da Dios de igual manera y, en la medida en que estas cosas emanan de Dios, son iguales; sí, ángeles, hombres, y todas las criaturas salen de Dios en principio iguales. Y quien apreciara las cosas en su fuente primera, las vería completamente iguales. Pero si fueran ya iguales en el tiempo, lo serían aún más en Dios, en la eternidad. Tomemos una mosca tal como es en Dios, y es más noble que no lo es en sí el ángel más elevado. En Dios todas las cosas son iguales, y son Dios mismo.

Dios se complace en esta Igualdad donde hace circular juntamente su Naturaleza y su Esencia. Experimenta igual alegría que la de quien haría galopar un caballo por una verde pradera, enteramente llana y pareja. Sería propio de la naturaleza del caballo lanzarse con todas sus fuerzas y saltar por la pradera: sería su alegría y además correspondería a su naturaleza. Igualmente para Dios es alegría y delectación encontrar la igualdad, porque puede volcar toda entera su Naturaleza y su Esencia en la Igualdad, siendo que El mismo es la Igualdad.

Aquí surge una cuestión: Los ángeles que quedan aquí abajo con nosotros, que nos sirven y nos guardan, ¿participan de menos igualdad en sus alegrías que aquellos que están en la eternidad y cuya actividad les impide de alguna manera guardarnos y servirnos? No, de ninguna manera. Su alegría y su igualdad no son menores, porque la operación del ángel es la voluntad de Dios y la voluntad de Dios es la operación del ángel; el ángel no está entorpecido ni en su alegría, ni en su igualdad, ni en su operación. Que Dios mande a un ángel que vuele hasta un árbol y lo limpie de orugas, el ángel estaría dispuesto a hacerlo, y para él sería una beatitud, porque sería la voluntad de Dios.

El hombre que se mantiene así en la Voluntad de Dios nada quiere de nada que no sea Dios y lo que es la voluntad de Dios. Si estuviera enfermo, no desearía la salud. Todo sufrimiento le es un gozo, toda multiplicidad es para él la Unidad, a condición de permanecer verdaderamente en la Voluntad de Dios. Le fueran adjudicados los tormentos mismos del infierno, tendría gozo y beatitud. Es libre, ha salido de sí mismo; y debe estar sin aapego de todo lo que le pueda tocar. Para que mi ojo pueda ver los colores, debe estar libre de todo color. Cuando veo un color azul o blanco, la visión de mi ojo que ve el color, es decir aquello que ve, es idéntico a lo que ven los ojos. El ojo en el que veo a Dios es el mismo ojo en el que Dios me ve. Mi ojo y el ojo de Dios son un solo y único ojo, una sola y la misma visión, un sólo y el mismo conocimiento, un sólo y un mismo amor.

El hombre que se conserva así en el Amor de Dios debería haber muerto a sí mismo y a todas las cosas creadas, de tal manera que se preocuparía tan poco de sí mismo que de cualquiera que se encontrara a mil leguas. Tal hombre mora en la Igualdad y en la Unidad, ninguna desigualdad entra en él. Tal hombre debe haberse renunciado a sí mismo y haber abandonado el mundo entero. Si un hombre poseyera el mundo entero y por el Amor de Dios lo abandonara para venir a quedar tan despojado como cuando lo había recibido, Dios le devolvería este mundo entero y la vida eterna por añadidura. Y si hubiera otro hombre que no poseyera más que su buena voluntad y pensara: "Señor, si este mundo fuera mío y otros dos mundos más (y todos los mundos que pudiera desear), todo lo abandonaría y me renunciaría a mi mismo para venir a encontrarme tan desprovisto como cuando los hubiera recibido", a este hombre Dios le daría lo mismo que si hubiera abandonado todo con su propias manos. Y quien no tuviera ya más nada corporal ni espiritual a abandonar o a dar, un tal sería el que más abandonaría. A quien se renunciara aunque más no fuera por un instante, todo le sería otorgado. Pero quien se hubiera renunciado por veinte años y se volviera a poseer así no fuera más que por un instante, un tal no se habría nunca renunciado todavía. Quien ha renunciado y se ha despojado y ni siquiera lanza una sola mirada a lo que ha abandonado, quien se mantiene firme e inmutable y sin cambios en sí mismo, sólo ése está despojado.

¡Podamos permanecer firmes e inmutables como el Padre eterno con la ayuda de Dios y de la eterna Sabiduría! Amén